

Muerte y resurrección con Cristo

Notas de una conferencia — Romanos 6:1-7;
Colosenses 3:1-5; Efesios 2:4-8; Gálatas 2:20

Edward DENNETT

biblicom.org

Índice

| | |
|--|----|
| 1 - Nota explicativa | 3 |
| 2 - Muertos con Cristo (Romanos 6) | 3 |
| 3 - Influencia práctica | 5 |
| 4 - Resucitados con Cristo (Colosenses 2 y 3) | 6 |
| 5 - Influencia práctica | 7 |
| 6 - Responsabilidad de estar asociado a Cristo | 7 |
| 7 - Sentados en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 2) | 8 |
| 8 - Influencia práctica | 9 |
| 9 - Responsabilidad de nuestra posición, Cristo nuestro modelo | 10 |
| 10 - Crucificados con Cristo (Gálatas 2) | 12 |
| 11 - Cristo en el creyente | 13 |
| 12 - No estamos en la carne, sino en el Espíritu | 13 |

1 - Nota explicativa

Como se ha deseado que se vuelvan a publicar las siguientes Notas de una conferencia (tomadas en el momento de su pronunciamiento por uno de los oyentes, e impresas por él posteriormente), hay que recordar que hace más de 100 años que se pronunció. Sin duda, se podrían hacer muchas modificaciones y correcciones; pero en general, en vista de los numerosos testimonios que se han recibido de vez en cuando sobre su utilidad para la bendición de las almas, se ha pensado que es mejor volver a publicarlos sin modificaciones. El lector tendrá esto en cuenta y orará para que, a pesar de sus deficiencias, se utilice para la gloria del Señor.

Edward Dennett

2 - Muertos con Cristo (**Romanos 6**)

Verán, amados amigos, que varios de estos pasajes que he leído hablan de nuestra muerte con Cristo; y simplemente debemos preguntarnos, en primer lugar: ¿Cuándo hemos muerto con Cristo? **Romanos 6:3-4** es muy claro en este punto. «¿Ignoráis que todos los que fuimos bautizados a Jesucristo, en su muerte fuimos bautizados? Fuimos, pues, sepultados con él mediante el bautismo en la muerte; para que como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida». Tal vez podríamos recurrir a **Colosenses 2:10-11**, antes de referirnos más particularmente a este tema. «Y estáis completos en él, quien es la cabeza de toda autoridad y potestad; en quien también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al despojaros del cuerpo carnal, por la circuncisión de Cristo».

Ahora bien, como he dicho, la mayoría de estos pasajes hablan de lo mismo: de nuestra muerte con Cristo; y en ello radica el fundamento de nuestra posición ante Dios. Porque, como pueden ver, no se trata de lo que realmente somos, sino de lo que somos como tales ante Dios. Dice que somos bautizados en la muerte de Cristo; y el apóstol utiliza esto en **Romanos 6** como argumento para impedirnos perseverar en el pecado.

Ahora, es una cosa maravillosa, si pensamos en ello, que se pueda decir que nosotros, sentados aquí esta noche (si creemos en el Señor Jesucristo), estamos ante Dios como aquellos que murieron con Cristo. Así que vemos de inmediato que esta es la

luz en la que Dios nos ve, su estimación judicial de nosotros, como estando muertos en la muerte del Señor Jesucristo. Esto está puesto de manifiesto con la mayor claridad en **Romanos 6**. Se dice que hemos muerto con Cristo; y la consecuencia se afirma en el versículo 7, que «el que ha muerto, está justificado del pecado». En el versículo anterior se nos dice que «nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». Aquí encontramos el secreto de todo el asunto. Es el viejo hombre el que ha sido crucificado con el Señor Jesucristo. Mi naturaleza o posición en Adán ha desaparecido por completo, porque he muerto, o he sido crucificado, con Cristo.

Esto es extremadamente sencillo; pero ¿no es lo sencillo lo que queremos captar con poder? Es extremadamente fácil para cualquiera de nosotros aquí esta noche decir: Estoy «muerto con Cristo» (6:8); pero ¿qué cosa maravillosa si puedo caminar en medio de este mundo, diciendo que, como hijo de Adán, no tengo ninguna posición ante Dios, porque mi viejo hombre ha sido crucificado con Cristo! Nada menos que lo que entendemos que se nos plantea en el pasaje que estamos viendo, y de hecho en muchos de los pasajes que hemos leído, pues ¿qué puede querer indicar el apóstol cuando dice?: Estoy (o he sido) «crucificado con él». ¿No quiere decir simplemente esto: que, mirando al Señor Jesucristo en la muerte, y considerándose ligado a él en su muerte (por la gracia de Dios, por supuesto), y viéndolo allí como su sustituto, sufriendo el juicio debido al pecado, y a los pecados también, puede decir en verdad: “Esta muerte fue mi muerte; y por lo tanto es verdad ante Dios que fui crucificado con el Señor Jesucristo”?

No olvidamos que los hechos a menudo parecen oponerse a esta afirmación de la Palabra de Dios; así que surge para nosotros la siguiente pregunta: ¿Cómo puedo saber que he sido crucificado con Cristo? No puedo responder a esta pregunta formulando otra: ¿Cómo puedo saber que estoy salvado? En primer lugar (por no hablar del testimonio del Espíritu), es porque creo en el testimonio de la Palabra de Dios. ¿Cómo sé entonces que he sido crucificado con Cristo? No es una experiencia, no es un logro; y ¿no deberíamos ser muy claros y precisos en este punto? No es una experiencia. No siento que haya sido crucificado con Cristo; tampoco he logrado ese objetivo. Pero Dios me dice que es así; y porque me lo dice, lo acepto, lo creo por el testimonio de su Palabra.

3 - Influencia práctica

Vean, entonces, la influencia práctica de tal verdad en mi caminar, cuando se mantiene con poder como debe ser. ¿Qué es lo que más me preocupa en mi vida diaria? ¿No es la vieja naturaleza? ¿No es la carne la que sigue en mí? Sí, es muy cierto que tengo la carne en mí; pero Dios la ha puesto en el lugar de la muerte. Ahí es donde está para él, y por eso puedo dirigirme a la cruz del Señor Jesucristo, y decir: “Sí, he sido crucificado con Cristo, y por eso, en lo que respecta a mi vieja naturaleza o posición en Adán, estoy completamente fuera de la vista de Dios”. ¿Qué poder me da eso? Porque si Dios ha puesto mi carne en el lugar de la muerte, ¿dónde la guardaré? La respuesta a esta pregunta la tenemos en los versículos 10 y 11: «Porque en cuanto murió, murió al pecado una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús».

Otro aspecto de lo mismo se encuentra en [Romanos 8:12](#): «Así pues, hermanos, deudores somos, no de la carne, para vivir según la carne». Y así, el poder práctico está simplemente en esto: Dios me ha puesto a mí, es decir, a mi viejo hombre, en el lugar de la muerte. He sido crucificado con Cristo, y por lo tanto debo, por el Espíritu, mantenerlo justo donde él lo pone. Puesto que estoy justificado del pecado, el pecado no tiene derecho sobre mí, ni tampoco la carne; por tanto, por el poder del Espíritu, no cedo a la carne, no reconozco sus pretensiones. Dios me ha liberado de ella y me ha dado una posición fuera de la misma, porque considera que he sido muerto por la muerte del Señor Jesucristo.

El objetivo es –y aquí es donde interviene la responsabilidad– «que el cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». Así que aquí está la responsabilidad práctica. ¿Estoy muerto? Entonces no debo ceder al pecado. Y en la medida en que cedo al pecado, prácticamente niego mi posición. El Espíritu de Dios siempre tiene cuidado de vincular la responsabilidad con la posición. Si peco, prácticamente niego mi posición. Si la carne está activa, niego de la misma manera el hecho de haber sido crucificado con Cristo. De nuevo, vean lo práctico que puede llegar a ser esto en nuestra vida diaria. Muchos de nosotros, quizás hoy, hemos tenido cosas a nuestro alrededor que nos han irritado. Puede que los engranajes de la vida no hayan girado en nuestros hogares o lugares de trabajo. ¿Me he irritado? Entonces la carne ha entrado en funcionamiento, y en esa medida niego que soy un hombre muerto; me he entregado al viejo hombre, y así he negado mi posición en Cristo Jesús. Porque mi posición, como veremos, es la medida de mi responsa-

bilidad. Si Dios me considera muerto, yo también debo considerarme muerto. Debo “considerarme” como muerto. Por supuesto, si estuviera realmente muerto, no necesitaría “estar” como tal; pero como él me considera muerto, debo considerarme como tal. En otras palabras, mi posición es la medida de mi responsabilidad. Por lo tanto, Dios me considera como muerto al pecado, como muerto a él, y es sobre esta base que recibimos la siguiente exhortación: «Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús».

4 - Resucitados con Cristo (Colosenses 2 y 3)

Ahora pasamos a otro aspecto, el que encontramos en [Colosenses 3](#). Aquí no se trata solo de la muerte, sino de la resurrección; y las dos cosas están unidas en el bautismo. Eso es lo que se ve en [Colosenses 2:12](#). Luego llegamos al capítulo 3. «Si, pues, fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba»; es decir, que se introduce la responsabilidad como estando relacionada con nuestra resurrección con Cristo, así como con nuestra muerte con él.

Pero primero tenemos el hecho expuesto aquí. No es necesario que me detenga en el «si» –un «si» de responsabilidad, como se le llama–; pero se nos da el hecho de que se nos considera resucitados con Cristo; no meramente muertos, sino resucitados con Cristo; y así obtenemos el doble aspecto de nuestra posición. Es en este punto y hecho que se fundamenta la exhortación a buscar «las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios». Pero luego tenemos, en los versículos 2 y 3, una exposición más completa de este asunto. El apóstol dice: «Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». Y así, la responsabilidad de ser elevado con Cristo es fijar mi mente en las cosas de arriba. Estoy totalmente libre de esta escena; no pertenezco a ella, porque he muerto de ella en la muerte de Cristo. Por la resurrección del Señor Jesús, he sido llevado a un nuevo lugar, a una nueva escena, que debe caracterizar mi vida aquí abajo. Mis pensamientos deben estar fijos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. La expresión de mi vida aquí abajo debe estar en consonancia con el lugar que Dios me ha dado a través de la muerte y resurrección de Cristo.

5 - Influencia práctica

Todos sentiremos lo maravillosamente práctico que es esto. ¿He resucitado con Cristo? Si es así, ¿pongo mi mente en las cosas de arriba, donde está Cristo? El Espíritu de Dios no nos permite decir, como tapadera del libertinaje: He «resucitado con Cristo», sino todo lo contrario. Recuerdo que una vez hablé sobre este punto a un creyente profeso, un creyente que se enorgullecía de serlo, pero cuya vida era cualquier cosa menos lo que debería ser. Él respondió: “Soy un hijo de Dios”, y utilizaba esta profesión para cubrir su laxismo y falta de responsabilidad. No, el Espíritu de Dios no permite esto. Como vimos en [Romanos 8](#): «Si vivís según la carne, moriréis» (v. 13). La vida debe ser la prueba, en cierto sentido, de lo que soy; y si alguien dice: He «resucitado con Cristo», y sin embargo sus pensamientos están fijados en las cosas de aquí abajo, ¿qué pasa entonces? No digo que no pueda haber incoherencias en el proceso. Sabemos que los hay; pero lo que digo es que, sobre el terreno que tenemos ante nosotros, no tengo derecho a decir que he resucitado con Cristo, si toda mi vida aquí abajo participa del carácter de la escena que estoy atravesando. No, si tenemos vida en Cristo resucitado, esa vida encontrará una expresión exterior. Es Cristo mismo quien es mi vida; eso es lo que se enfatiza aquí: «Cuando Cristo, quien es nuestra vida». Si él es mi vida, debe expresarse; y si no se expresa, entonces tengo razones para dudar de que sea mi vida. ¿No es así? Es una verdad conocida; pero ¿no debemos ponerla ante nuestras almas, en nuestros corazones y conciencias como ante Dios?

6 - Responsabilidad de estar asociado a Cristo

Porque ¿cuál es el carácter de mi vida ahora? ¿No debo preguntarme sobre ello? No debo ponerme en presencia de una escritura como esta y decir: “Pues bien, profeso estar así resucitado con Cristo. ¿Busco ahora las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios? Una creyente me dijo el otro día, hablando de ella y de su marido (ambos creyentes desde hace mucho tiempo), y explicando el hecho de que rara vez se les veía en las reuniones: “Tenemos nuestros asuntos que atender, y tenemos que hacerlos; eso es lo primero que tenemos que hacer”. Pues bien: «Si... fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba». ¿Cómo se corresponden estas dos cosas? No podemos reclamar una posición si no aceptamos la responsabilidad. Este es el punto que nos es presentado: la medida de mi responsabilidad corresponde exactamente a mi posición; y si estoy en Cristo, él espera que yo ca-

mine como un resucitado, para que incluso los enemigos puedan ver en mí alguna semejanza con mi bendito Señor.

Otro creyente me dijo hace poco: “Bueno, pero después de todo, estamos en la tierra”. No hay duda de que estamos en la tierra. Pero esa no es la cuestión. La pregunta es: estando en la tierra, ¿no deberíamos expresar la vida de Cristo? Él es mi vida, yo he resucitado en él y, por lo tanto, si no fijo mis pensamientos en las cosas de arriba, debería escudriñar mi propio corazón, y comprobar si realmente puedo decir que he resucitado con él. Al fin y al cabo, todo se reduce a esto: ¿en qué está ocupado el corazón? Si mi corazón está ocupado con el Resucitado, pronto seré levantado de esta escena presente. Si me llena los ojos, seré ciego a las vistas más hermosas de la tierra, y sordo a sus sonidos más dulces. Es totalmente una cuestión de afecto. ¿Llena él mi corazón? ¿Estoy ocupado con él? No solo me ocupo de él. Los dos están conectados. Si estoy ocupado con él, él estará ocupado manifestándose a mí; y si es así, haré todo aquí abajo como para él, y necesariamente mis pensamientos estarán fijos en las cosas de arriba, donde él está sentado a la derecha de Dios.

Podría ir más allá. Si comprendo el lugar al que soy llevado, ¿no me resultará excesivamente familiar ese lugar? ¿No estaré más familiarizado con ella que con las cosas de este mundo? Y, sin embargo, ¿no nos enorgullecemos muchos de nosotros de la sabiduría práctica que poseemos en las cosas de la tierra? Otro creyente me dijo que se abatió sobre sí mismo cuando descubrió esto: había tomado el hábito de leer el periódico cada mañana, y descubrió, al contar el tiempo ocupado de esta manera, que había dedicado más tiempo al periódico que a la Palabra de Dios. Dios le dio la gracia de juzgar y deshacerse de ese periódico; pero esto nos muestra lo fácil que es caer en la negación práctica de nuestra muerte y resurrección con Cristo; así que nos corresponde recordar la responsabilidad que nos incumbe de estar en esa posición.

7 - Sentados en los lugares celestiales en Cristo (**Efe-sios 2**)

Pasemos ahora al siguiente pasaje que voy a leer, [Efe-sios 2:6](#): «Nos resucitó con él, y nos sentó con él en los lugares celestiales en Cristo Jesús». Así que no somos simplemente llevados a través de la muerte a la resurrección, sino que estamos sentados (no con, sino) en Cristo en los lugares celestiales. ¿Cuál es entonces mi posición?

Está allí, en Cristo, donde él está. Nada menos. No se trata simplemente de que estoy resucitado con Cristo en la tierra, donde estoy. No, he sido llevado más lejos; estoy sentado en Cristo donde él está en la gloria. Ese es mi lugar. Oh, qué maravillosa gracia que Dios, en su misericordia, haya descendido hasta nosotros, que nos haya salido al encuentro cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, que nos haya vivificado con Cristo, que nos haya resucitado juntos, que nos haya sentado juntos en los lugares celestiales en él. ¡Siempre ante él, en su presencia!

Supongo que no hay un pasaje más familiar para nosotros que este. Hablamos mucho del maravilloso lugar de bendición al que somos llevados. Así que nosotros, más que nadie, deberíamos entender la responsabilidad que conlleva. Sí, si soy un ser celestial –pues así es– debo vivir como un ser celestial en Cristo, donde él está. ¡Qué lugar tan maravilloso es! Levanto mi ojo de la fe, y lo veo glorificado a la derecha de Dios; y si quiero comprender el carácter completo de mi redención, solo puedo obtenerlo mirándolo a él. Él es la medida del mismo, y por eso es muy cierto la estrofa que a veces cantamos:

*”Tan cerca, tan cerca de Dios,
No puedo estar más cerca;
Porque en la persona de su Hijo,
Estoy tan cerca como Él”.*

8 - Influencia práctica

Así que somos devueltos directamente a Dios; y la misma presencia de Dios es nuestra morada, y siendo nuestra morada, es donde nuestros corazones deben morar. ¿Qué pensarían ustedes de alguien, desde el punto de vista humano, cuyo corazón nunca está en su propia casa, cuyo corazón, cuando está en los negocios, no se vuelve a la casa donde están sus seres queridos? ¡Un marido extraño, o un padre, según el caso! Pero, ¿qué se diría del creyente cuyo corazón rara vez o nunca se dirige al lugar donde se sienta en Cristo? Creo que es Edward Payson (1783-1827) quien menciona tres clases de creyentes. Puede que no se encuentren aquí, pero a veces se encuentran. Describe a una clase como ocupada en cosas terrenales, tan ocupada que da la espalda al Señor Jesús. Habla de otra clase cuyos rostros solo se vuelven ocasionalmente hacia Cristo. La tercera clase está, como él describe, con el rostro siempre vuelto hacia arriba, en la plena luz de su presencia. ¿A cuál de estas cla-

ses pertenecemos? Si comprendemos la posición que hemos obtenido por la muerte y la resurrección, y estamos sentados en Cristo, es seguro que nuestros corazones estarán siempre con Cristo, y nuestros ojos lo contemplarán siempre. No hay nada que los santos canten con mayor facilidad que esta estrofa:

*“Oh, fija nuestros ojos serios
Tan completamente, Señor, en Ti,
Eso, ocupado con Tu belleza,
No podemos ver a nadie más”.*

Y, sin embargo, en nuestro caminar diario, ¡con qué facilidad nuestros pensamientos, nuestros corazones, están tomados y ocupados por las muchas cosas que suceden a nuestro alrededor!

Ah, queridos amigos, si tuviéramos una percepción plena del lugar al que hemos sido llevados, y si el corazón habitara en ese lugar, si lo contempláramos y tuviéramos una visión de su belleza, seguramente no querríamos ver belleza en otro lugar. Que podamos entender la responsabilidad de nuestro lugar y posición.

9 - Responsabilidad de nuestra posición, Cristo nuestro modelo

Pero permítanme abordar la responsabilidad de forma más definida, tal y como se desprende de otros pasajes. He hablado simplemente de la muerte, la resurrección y de estar sentado en Cristo en los lugares celestiales; pero ahora, ¿cuál es mi responsabilidad aquí en la tierra en cuanto a la conducta, por el lugar y la posición que tengo en él? Para dar la respuesta, en primer lugar, de la forma más general, acudamos a **1 Juan 2:6**. Este pasaje no está relacionado con la posición, pero pone de manifiesto el pensamiento que deseo expresar. «El que dice permanecer en él, también debe andar como él anduvo». Así estoy en Cristo, donde él está; y también a la inversa, que Cristo está en mí aquí abajo. «El que dice permanecer en él –esa es la comunión– también debe andar como él anduvo». Así que la responsabilidad general es caminar como Cristo caminó. ¿Cómo es eso? Fíjense en **Juan 3:13**: «Nadie ha subido al cielo, sino aquel que descendió del cielo, es decir el Hijo del hombre que está en el cielo». Así que incluso cuando estaba en la tierra, Jesús podía decir «en el cielo»; o, en otras palabras, caminaba como el celestial en la tierra, como si

estuviera en el cielo mientras estaba en la tierra. ¡Un modelo para nosotros! Debemos caminar, entonces, no como si perteneciéramos a esa escena, sino a ese lugar donde estamos sentados en Cristo; para que sea verdad en espíritu para nosotros como lo fue para Cristo: en el cielo mientras estaba en la tierra. Y, ¡oh, qué carácter tan diferente daría a nuestras vidas si fuera así! Una expresión de Cristo, no solo de palabra sino de hecho; sí, en todas las cosas, la vida de Cristo expresada en nosotros y a través de nosotros, en nuestro caminar y comportamiento.

Podemos obtener formas más definidas de esta expresión; por ejemplo, en [Efesios 5:1-2](#). Esta expresión se basa en el hecho de que somos hijos de Dios; y tenemos una característica de la marcha, y una muy importante, destacada. El apóstol dice: «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amados; y andad en amor, como también Cristo nos amó y sí mismo se entregó a por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante». También en este aspecto debo caminar como Cristo: «en amor, como también Cristo nos amó». Vayan también a [Juan 13:14](#): «Si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros». Y también el versículo 17: «Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las hacéis». Pero lo que quiero presentarles especialmente está en [Efesios 5:2](#). Así que debemos imitar a Cristo, simplemente por ser quienes somos y por el lugar que ocupamos. Y entonces tenemos este ejemplo que se nos da aquí; y es maravilloso los términos en los que lo vemos descrito. Él «se entregó por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante». El apóstol Juan también señala este punto en su Primera Epístola. Lo leeré solo de pasada. [1 Juan 3:16](#): «En esto conocemos el amor, en que él puso su vida por nosotros». ¿Y qué más? «También nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos». Así que el amor de Cristo debería ser nuestro modelo en esta expresión: el amor hasta la muerte.

Pero en el versículo de Efesios que leí, tenemos una verdad importante: si Cristo nos amó y se entregó por nosotros, fue «como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante». La expresión de nuestro amor, por tanto, no debe ser para los santos, sino para Dios mismo; y este amor solo puede expresarse en la obediencia, no de otra manera. Es extremadamente importante recordar esto. Podemos estar tentados –muchos lo están– a pensar que debemos mostrar amor en todas las circunstancias. Este no es el caso; la expresión del amor debe estar regida por la Palabra de Dios; y así la gloria de Dios debe ser lo primero. «Se entregó por nosotros». Sí, pero es una «ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante». Supongo que no hay mayor trampa que la que aboga por la caridad hacia todos, en el sentido de que no debemos excluir a nadie de la mesa del Señor, lo cual es muy cierto hasta cierto punto; pero debemos

exceptuar a aquellos que la Palabra de Dios excluye. El amor debe expresarse en la obediencia a Dios. Debe tener a Dios como objeto y, por lo tanto, si me salgo de su Palabra, hago que mi compañero sea el objeto, y no Dios. Así obtenemos el verdadero carácter del amor; si no tiene a Dios por objeto, no es el amor que Cristo manifestó cuando se entregó por nosotros. Debemos imitar a Cristo; esta es nuestra responsabilidad.

Hay otro aspecto, que no puedo mencionar esta noche. Lo tenemos en [1 Pedro 2:20](#). Muestra nuestra responsabilidad hacia los perseguidores y enemigos. Debemos imitar a Cristo también en este ámbito.

10 - Crucificados con Cristo (Gálatas 2)

Pero llego ahora al último pasaje que hemos leído, [Gálatas 2:20](#): «Con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». No hay ninguna diferencia de juicio en cuanto a las primeras palabras de este versículo; pues ¿no es cierto que cada uno de nosotros puede decir –es decir, si somos creyentes en el Señor Jesucristo– «Con Cristo estoy crucificado»?

Influencia práctica y responsabilidad

Pero, ¿no es también cierto que podemos decir: «Ya no vivo yo»? ¿Ha sido esto cierto para mí hoy? ¿No ha hablado la carne, no se ha manifestado la vieja vida? ¿Podemos decir de nuestra vida hoy?: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». El apóstol lo dice. ¿Podemos decirlo? Así que tenemos de nuevo toda la responsabilidad de nuestra posición, es Cristo en mí aquí abajo; y porque él está en mí, debe expresarse en todo lo que soy. Oh, ¡qué maravillosos santos seríamos si así fuera! Si yo pudiera ver en ti, compañero creyente, y tú pudieras ver en mí, nada más que a Cristo. Y, sin embargo, cuántas veces decimos: “Oh, pero hay peculiaridades de carácter, de estado de ánimo y de disposición, que hay que tener en cuenta”. Pero, ¿no estoy muerto? ¿Dónde pueden estar estas peculiaridades? ¿Estamos enterrados, en lo que respecta al viejo yo, en la tumba de Cristo? Ciertamente no, si estas cosas se manifiestan. A los ojos de Dios lo somos, y esa es la bendición de ello, –el viejo hombre ha desaparecido por completo; pero ahora estamos hablando de la responsabilidad, y quiero ponerla en mi propio corazón y en el vuestro.

11 - Cristo en el creyente

¿Es cierto, en lo que a ustedes y a mí respecta, que no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros? ¿Es cierto en nuestras relaciones con los creyentes, por ejemplo? ¿Han visto algo más que a Cristo en nosotros cuando están reunidos en el nombre del Señor Jesús, reunidos por el poder de su Espíritu? ¿Hemos presentado todos a Cristo, no a nosotros mismos? ¿La palabra pronunciada, los himnos cantados, la adoración ofrecida, fueron una expresión de Cristo? En mi hogar, durante la última semana, ¿ha sido así? Los inconversos, al mirarme, han dicho: “¿Qué poder se expresa en esta vida!” En mi lugar de trabajo, los que me rodean se han visto obligados a decir: “¿Qué vida tan maravillosa!” Una vez le dije al director, creo, de una casa comercial, hablando de un joven a su servicio, que era creyente. ¿Cuál fue su respuesta? “No lo sabía”. ¿Cómo puede ser esto? Tal vez, dirán ustedes, el director no tenía ojos para ver. Pero quiero preguntarle lo siguiente, ¿debe haber un creyente en algún lugar que no sea conocido como tal? ¿Debería ser así? ¿Era así en los primeros tiempos? Ah, pero ustedes me dicen en respuesta a eso: los días eran tan diferentes. Lo fueron; pero quiero preguntarle lo siguiente: ¿la expresión de la vida de Cristo era diferente? No ha cambiado, ¿y por qué debería cambiar la expresión? ¿Quiere decir que el mundo se parece más a Cristo que entonces? Sin duda, el mundo ha atenuado la violencia de su hostilidad y oposición en su manifestación; pero ¿no es el mismo mundo? ¿No debería haber la misma separación completa? Sí, corremos el peligro de retroceder, porque pensamos que tenemos un lugar aparte y que estamos a salvo. Que no sea así para nosotros. Esta es la verdad que quiero sacar a relucir: no tengo nada que hacer sino expresar a Cristo; y hubo uno que lo hizo, supongo, a un grado que ningún creyente ha alcanzado desde entonces. Dijo: «Para mí el vivir es Cristo» (Fil. 1:21), nada más. Ahora bien, ¿resume esa palabra toda mi vida? ¿Es el único objeto? ¿Es Cristo en mí? Si no, entonces no reconozco mi responsabilidad. ¿Qué debo hacer entonces? Ir a la presencia de Dios juzgándome, y confesarlo, y buscar más gracia.

12 - No estamos en la carne, sino en el Espíritu

Y entonces también ver que en este maravilloso lugar que nos ha dado, puede decirnos: «No estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros». El Espíritu de Dios caracteriza toda mi existencia ante él, de modo que la carne desaparece completamente de su vista, y solo queda Cristo, y nosotros

en él.

Pero entonces debemos tener siempre presente el otro lado: Cristo en mí, aquí en la tierra; y todo mi trabajo consiste en expresar a Cristo de todas las maneras posibles. Debemos expresarlo, no solo cuando estamos en comunión cristiana, sino en todas partes, en todo momento y ocasión. Pero, ¿no es posible que los propios santos se interpongan entre nosotros y Cristo? Hago la pregunta como una prueba. Me la hago tanto a mí como a ustedes. ¿Soy más feliz en la comunión con los santos que en la presencia de Cristo? Algunos de ustedes responderán inmediatamente: “Por supuesto, somos más felices en presencia de Cristo”. Pero piensen antes de responder. ¿Lo están? ¿Encuentra tanto gozo en la comunión solitaria con Cristo como en la comunión con los santos, ya sea en torno a la Palabra o en privado? No es una pregunta fácil de responder. He comprobado por experiencia propia que una o dos horas pasan rápidamente en la gozosa comunión con los santos. ¿Sabemos algo sobre una o dos horas que «pasan» en la presencia de Cristo? No deje de lado la pregunta, pues debemos afrontarla y responderla. Y estén seguros de que no tenemos ningún poder de comunión sostenido a menos que podamos responder y decir: “Más feliz en la presencia de Cristo que en la presencia de los santos; más feliz con él, habitando con él, en comunión con él, que incluso con el pueblo de Dios más parecido a Cristo”. ¿Por qué? Porque el más parecido a Cristo de su pueblo solo expresará aproximadamente lo que Él es. ¿Puede indicarme un solo creyente que conozca del que pueda decir: “Exactamente como Cristo”? No. Entonces, si ustedes son más felices con los santos que con él, demuestra que no aprecian a Cristo como deberían. Así que quiero que respondan a esta pregunta: “¿Dónde son ustedes más felices, con los santos o con Cristo?”

Soy consciente de que no he expuesto el tema como me hubiera gustado hacerlo, pero si recuerdan una cosa, que no tienen nada que hacer sino vivir Cristo, sentiré que el Señor no me ha enviado en vano. La verdad distintiva tiene su lugar, y gracias a Dios la tenemos; y algunos de nosotros que han tenido dificultades para hacerse con ella pueden sentirla más que otros; pero después de todo, lo único es vivir Cristo. No sé cómo expresarlo con más fuerza. Vuelvo a ello una vez más. ¿Estamos en Cristo allí, y está él en nosotros aquí? Supongamos, pues, que empezamos mañana diciendo: «Cristo vive en mí», o que cuando nos despertamos por la mañana nuestro primer pensamiento es: «Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe en el Hijo de Dios»; y cuando volvamos al seno de nuestras familias, con nuestros hijos a nuestro alrededor, volvamos a decir lo mismo; y entonces el maravilloso poder del Espíritu de Dios estará libre para obrar en nosotros y a través de nosotros, de modo

que incluso los inconversos confesarán que hay algo en nosotros que no pueden comprender. No tenemos ni la mitad del poder que deberíamos tener; y la razón de nuestra debilidad es que la imagen de Cristo en nuestras vidas es tan indistinta. ¿Qué ha hecho él? Manifestó perfectamente al Padre. Nuestro trabajo es manifestarle a él, ¡y solo manifestarle a él! Mantengan este objeto ante ustedes: solo Cristo, porque ustedes están en él donde él está.